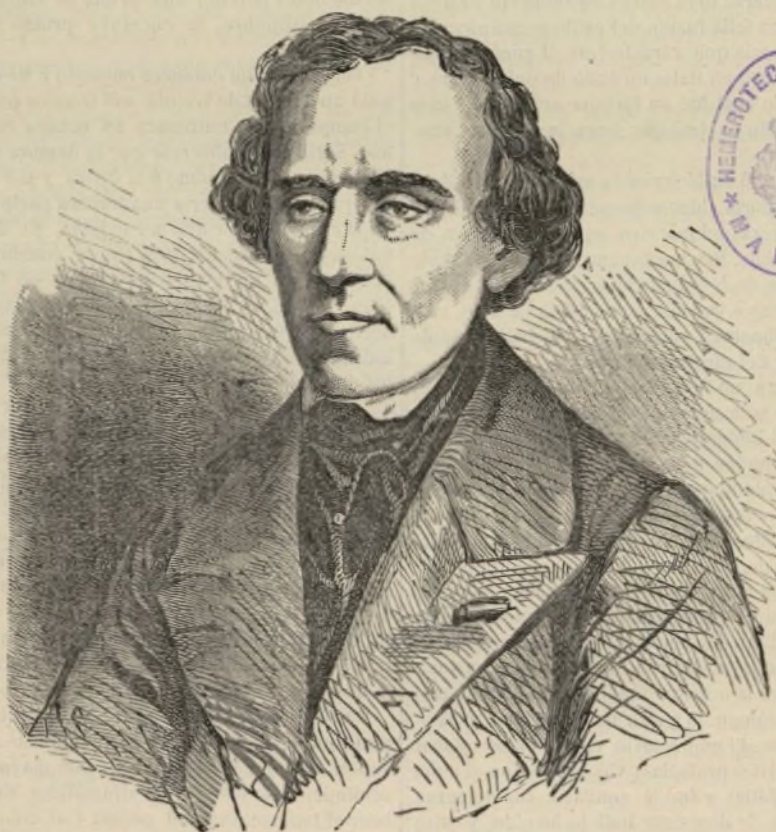


trozo! La inteligencia, igualmente que el corazón, se sorprenden y se llenan de admiración con esos prodigiosos desarrollos y con esas inmensas progresiones, que pasan de la escena á la orquesta y de la orquesta á la escena como tempestuosas oleadas de retumbantes é irresistibles armonías, para confundirse en una de esas fulminantes explosiones, de que únicamente era capaz ese á quien la muerte ha dejado yerto.

El espacio me falta para poder en una sencilla noticia hacer apreciar á los lectores los muchos méritos de este talento prodigioso, y las pocas faltas que en él se advierten; por lo cual no he querido insistir sino sobre las cuali-

dades principales y características. Diré, pues, para reasumir todas mis apreciaciones, que Meyerbeer es por excelencia el compositor reflexivo, hábil, laborioso, instruido, dotado de juicio crítico, viendo el objeto que debe alcanzar y alcanzándolo por la energía de su inteligencia y por el valor de sus reiteradas tentativas. Menos conchado en su fuerza que lo estaría un principiante en la carrera, volvía á trabajar sus óperas en los ensayos, igualmente que Balzac volvía á trabajar sus escritos en las pruebas de la imprenta. Frecuentemente para ciertas partes de la instrumentación escribía tres diferentes versiones: una con tinta negra, otra con tinta azul y la tercera con encarnada. Los



Retrato de Meyerbeer, dibujado por Goupil

músicos ejecutaban sucesivamente estas tres versiones, y el compositor elegía al fin la combinación instrumental que de este modo resultaba definitiva.

Según se vé, semejante genio era todavía menos obra de la naturaleza (bajo el punto de vista de la facultad musical abstracta,) que resultado de las meditaciones y de la voluntad. Ignoro si es Buffon quien dijo que la paciencia era el genio. Pero si la paciencia no es enteramente el genio, podemos afirmar que no hay obra de genio que no sea también obra de paciencia. ¡Qué ejemplo hay más ostensible en apoyo de esta verdad que la vida misma de Meyerbeer! Al modo de Gluck, más de la mitad de su vida de artista se pasó en buscar el camino en que al fin debía cesar de ser un imitador más ó menos afortunado, para llegar á ser él, y abrir completamente las puertas de la tragedia lírica moderna.

SEGUNDA SERIE.—1865.

Los primeros ensayos de Meyerbeer fueron con trozos de piano, con música religiosa, cantatas y varias óperas alemanas. En estas composiciones no había nada propio para descubrir el brillante porvenir de su autor. Todo aquello pareció muy bien escrito y de armonía frecuentemente feliz y rica, pero el conjunto era frío; porque á estas producciones les faltaba un carácter individual.

Meyerbeer, ecléctico por temperamento, y que no necesitaba, como casi todos los artistas, el producto de su trabajo para vivir, porque pertenecía á una familia rica, resolvió pasar á Italia á estudiar los maestros de este país, y particularmente á Rossini, cuyo astro luminoso se levantaba ya triunfante en el horizonte del arte. Oyó el «Tancredi», y su vocación, fluctuante todavía, se inclinó hácia el género de la música italiana.

Pocos años después hizo representar su ópera italiana

AÑO XXIII. 2.

«Remilda é Constanza.» Los esfuerzos del joven alemán (esto era en 1818, y Meyerbeer nació en Berlín en 1791), para cambiar su estilo y acomodar sus frases á las fórmulas italianas, se hacen sentir en cada página de esta obra, si la comparamos con sus óperas anteriores.

Meyerbeer prosiguió en semejante camino, y cada nueva ópera del «maestro» añadía nuevo florón á su corona. Entre las obras dramáticas de su nuevo estilo, dos quedaron por mucho tiempo en el repertorio, recibiendo los honores de una traducción francesa y alemana; son «Margarita de Anjou, é Il Crociato.» Esta última ópera puede considerarse como la aurora del gran día en que el artista iba, en fin, á manifestarse todo entero en «Roberto.» En esa partitura notamos una feliz fusión del estilo germánico con el impulso y abundancia que caracterizan el género italiano. «Il Crociato» obtuvo en Italia un éxito de entusiasmo, é inspiró á su autor, lo cual fué su fortuna artística, la idea de pasar á París á fin de trabajar para la escena francesa.

Para corresponder á su bienvenida en el país que iba á ser la patria de su gloria, hizo representar «Il Crociato;» pero con gran extrañeza del maestro, aquella partitura, de un mérito incontestable, fué medianamente recibida. Este éxito á medias, lejos de desanimarlo, fortaleció sus nobles aspiraciones, y se puso á trabajar como debía hacerlo; esto es, á reflexionar, comparar y razonar el arte bajo el punto de vista del drama y del efecto escénico.

Pasáronse años que no fueron perdidos, sin que apareciese en público una sola nota de Meyerbeer: estaba componiendo «Roberto el Diabolo!» La dirección de la Ópera solo tenía una mediana confianza en el éxito de este trabajo, el cual, no obstante, debía inaugurar la feliz era de los pagos de «diez mil francos,» desconocida hasta entonces. «Los últimos ensayos generales, dice Mr. Fétis, se hicieron notables por incidentes curiosísimos. Una muchedumbre de críticos de profesión y sin suficientes conocimientos del arte, que abundan en París, se hallaban presentes, y sacrificaban el trabajo del músico con la mayor ligereza posible. Cada cual se empeñaba en decir la expresión mas burlona, ó hacia de la partitura la oración fúnebre mas ingeniosa y mas grotesca. En resumen; la pieza no debía tener mas de diez representaciones. El empresario, cuyos oídos estaban cansados de estas tristes profecías, vió en el salón al autor de este relato (Mr. Fétis), y fué á confiarle sus temores. —«Esté vd. tranquilo, le dice éste; todo lo he oído, y estoy seguro de no equivocarme. Existen aquí muchas mas bellezas que imperfecciones; la escena es sorprendente, y la impresión será viva y profunda. Esta obra subirá á las nubes, y dará la vuelta al mundo.»

Fétis había juzgado muy bien, porque «Roberto el Diabolo» ha dado la vuelta al mundo, fijándose en todas partes. En este trabajo, donde se hace sentir de sorprendente manera el colorido de la edad media con su acompañamiento de groseras supersticiones, viste Meyerbeer con riquísimo manto de orquestación y con armonías nuevas y acompañadas de melodías maravillosas, tanto por el sentimiento dramático como por la variedad y novedad de los ritmos y modulaciones. Además, crea tipos. «Beltram» canta como él solo, y sus fantásticos acentos se apagarán para no volver ya á aparecer en las obras del maestro, con los últimos resplandores de los golfos infernales, donde desaparece vencido el espíritu tentador del mal.

«Nada prospera como el buen éxito,» decía ingeniosamente Mad. Stael. La dirección de la Ópera, entusiasmada

con el éxito de «Roberto el Diabolo,» quiso asegurarse de una nueva partitura del autor que estaba en boga. Meyerbeer consintió en entregar en época determinada la partitura de «Los Hugonotes.» Una multa de treinta mil francos fué estipulada en el caso de que el maestro no entregara su obra en el plazo señalado. Sabido es que el compositor pagó esta multa; pero pertenecía á Mr. de Bievilledarnos á conocer con qué circunstancias fué pagada.

Veamos la historia, tal como Scribe la ha referido:

«Una multa de diez mil francos obligaba primeramente á Scribe á entregar á la Ópera el poema en el plazo de seis semanas. Si aquel escrito se concluía antes del plazo, Scribe debía percibir una prima de cinco mil francos. Según su costumbre, lo concluyó pronto y recibió la prima estipulada.

«El poema fué entonces confiado á Meyerbeer, y se estipuló una multa de treinta mil francos para el caso en que el compositor no entregara su música en el espacio de un año. Scribe hizo observar que la demora del maestro le sería tan perjudicial como á la Ópera, y por consiguiente exigió que le perteneciera una tercera parte de aquella multa, en el caso de tener que ser exigida. El doctor Veron, que entonces era director de la Ópera, consintió en esta cláusula. Al cabo de un año Meyerbeer no tenía concluida su obra, y el doctor le hizo pagar rigurosamente la multa. Scribe juzgó muy duro este procedimiento, pero pagada la multa, reclamó su parte; y el doctor le abonó sin dificultad los diez mil francos.

«Trascurrió un año mas, y Meyerbeer acabó su partitura. Así que la hubo concluido hizo anunciar en los periódicos que el autor de «Roberto el Diabolo» acababa de concluir una nueva ópera. Mr. Veron estaba diariamente aguardando al ilustre maestro y á su partitura; pero no parecían ni la partitura ni el maestro. El doctor comenzó á inquietarse, y fué á casa del compositor. Meyerbeer lo esperaba aquí, y no consintió en darle la partitura sino con la condición de que le fueran inmediatamente reembolsados los treinta mil francos que había pagado. Aunque en estas estipulaciones de multa Meyerbeer no ganó ni perdió nada, la Ópera, perdió diez mil francos, y Scribe los ganó.»

Cualesquiera que sean las bellezas en que abunde la partitura de «Roberto,» «Los Hugonotes» son positivamente superiores. En ellos todavía y con mayor poder y mayor sentimiento de los efectos dramáticos, sabe hallar Meyerbeer el tono general del poema y el colorido del tiempo, creando enteramente el tipo de Marcel, que es una base como Beltram, pero no toma nada de las entonaciones satánicas del maldito. «Los Hugonotes,» que fueron recibidos friamente por parte de la crítica y del público, no han dejado, como «Roberto» y «El Profeta,» de formar parte del repertorio corriente de la Ópera. Si Meyerbeer hubiese vivido algun tiempo mas, habria podido ver la cuatricentésima representación de aquella obra, la cual era una de sus preocupaciones en los últimos meses de su vida.

Tuve la dicha de asistir á la primera representación de «El Profeta» (el 16 de abril de 1849), y salí del teatro abrumado con el peso de las riquezas de este colosal trabajo, que no vacilo en colocar hoy como la primera obra del maestro. Es el fanatismo religioso el que obra como en «Los Hugonotes;» pero en «El Profeta,» el apasionado amor, sucesivamente tierno y voluptuoso de Raul y de Valentina, está reemplazado por el amor maternal de Fides, y por el fanatismo político y religioso del «Profeta.» Estos sentimientos son infinitamente mas difíciles de expresar en música, y

Meyerbeer salió de esa formidable prueba, mayor, mas completo y mas artista todavía.

Habiendo yo mencionado el melodrama de «Struensee», del cual no he oído sino unos fragmentos arrebatadores bajo todos los puntos de vista, y de ese estilo magistral que caracteriza al autor, y citando ahora sus dos óperas cómicas, «La Estrella del Norte» y «El Perdon de Floerme», cuyo éxito me dispensa de todo elogio, cerraré la presente noticia con la lista completa de las producciones del ilustre maestro. Tuve el honor de tratarlo particularmente, y conservo de él preciosas cartas que guardaré con la religiosidad del recuerdo. Era una persona amable, buena, servicial, de esquisita política y de gran sencillez de maneras. Mas que cualquier otro, quizá, era sensible á la alabanza, pero tenia el buen gusto de no hablar nunca de sus obras. Vivía modestamente cultivando su arte, aunque poseía un capital de seis á siete millones de francos.

Meyerbeer ha compuesto: tres óperas alemanas; un monodrama, también en alemán, para tiple, coro y clarinete obligado; «Struensee», melodrama sobre un poema, igualmente alemán, de su hermano Miguel Beer; siete óperas italianas; tres grandes óperas francesas; dos óperas cómicas; cuarenta y nueve melodías á una ó muchas voces; muchas piezas vocales de menor importancia; cuatro marchas militares para instrumentos de metal; una obertura en forma de marcha; una marcha llamada de la «Coronación»; una cantata y marcha compuestas para el centésimo aniversario del nacimiento de Schiller; muchos trozos de piano; diez y siete cantatas con orquesta, solos, y coro; trece no; diez y siete cantatas con orquesta, solos, y coro; trece salmos á dos coros sin acompañamiento; un «Stabat Mater»; un «Miserere»; un «Te-Deum»; dos «Pater noster»; un cántico; un oratorio; «Dios y la Naturaleza», oratorio alemán.

Debemos añadir «La Africana», gran ópera inédita, y una partitura, inédita también, compuesta el año último para un drama de Enrique Blaze de Bury, «La Juventud de Goethe». Si Meyerbeer hubiese vivido, este drama habría sido dado al teatro del Odeon inmediatamente después de representar «La Africana» en el de la Ópera; la música se compone de una obertura y de muchos trozos adaptados á las situaciones.

## DEL AMOR A LA PATRIA.

Las palabras AMOR A LA PATRIA resuenan en todos los labios; todos las repiten á cada paso; todos pretenden blasonar de patriotas; pero es muy corto el número de los que han sabido formarse una idea verdadera de su sentido enérgico y sublime. Algunos creen que este amor consiste únicamente en reunir los papeles carcomidos en que están consignadas las historias del propio país; otros opinan que consiste en dar una preferencia decidida á las prendas de sus propios conciudadanos y en disculpar sus defectos; otros suponen que consiste en tener en poco aprecio á los extranjeros. Todas estas opiniones encontradas y otras muchas, que pasamos por alto, han dado margen al sofisma pernicioso de los que dicen que el filósofo y el verdadero filántropo reconocen tan solo por su patria al mundo entero, y por sus hermanos á todos los pueblos. No cabe duda en que la humana estirpe ha salido de un solo tronco, y en que la tierra y el firmamento son comunes á todos los hombres, como lo dijo Diógenes cuando lo desterraron de

Atenas, expresándose en esta forma, propia de su cinismo: «Los desterrados son los atenienses, que viven siempre en su ciudad, yo tengo á mi disposición todo el orbe, y puedo vivir en donde mejor me parezca.» Pero las palabras de este varón, que adquirió mas fama por sus extravagancias que por su sabiduría, y que fué mas loco que filósofo, como dice el conde de Ségur en su «Historia universal», no destruyen el principio sagrado del amor á la patria, y para probarlo no necesitamos mas que estrechar el círculo de las generalidades, poniendo en paralelo las obligaciones que nos ligan á los autores de nuestros días con las que nos imponen amar á la patria.

La voz augusta de la naturaleza, y los preceptos de nuestra religión exigen que amemos al prójimo, y el que así no lo cumple es un egoísta. Pero tanto la primera como los segundos nos mandan que amemos con preferencia á los padres, porque ellos únicamente han remediado nuestras necesidades físicas y morales; ellos únicamente han cuidado de nuestra primera educación; ellos han puesto en juego todos sus esfuerzos para prepararnos un buen porvenir; ellos nos han dicho: «Sé hombre virtuoso.» Ahora bien, estos mismos cuidados que los padres han prodigado á sus hijos, la faja de tierra en que hemos abierto los ojos á la luz del día los ha prodigado generosamente á todos los que han nacido en ella. La patria ha fundado colegios para nuestra instrucción; la patria ha sancionado leyes para escudar y defender nuestros derechos individuales; la patria nos ha confiado los altos negocios que interesan mas de cerca á todos los ciudadanos; la patria, reconocida á los servicios de los hombres nobles y generosos, cuida también de sus hijos si quedan en mezquina horfandad; la patria, pues, exige con sobrada justicia nuestra gratitud, nuestra obediencia y un amor filial sin límites. Pero, además de estos beneficios, ¿no hay lazos mas fuertes aun que ligan mutuamente á los hombres que han tenido una patria común? La uniformidad del lenguaje, que es el espejo de la uniformidad de las ideas, la memoria de nuestros antepasados, que parecen repetirnos con una voz que retumba sordamente en el fondo de nuestro corazón: «Te esperamos en este sepulcro, porque así como fuimos hijos de una misma patria, será nuestro eterno consuelo que tus frias cenizas reposen al lado de las nuestras,» ¿no dan al nombre de patria un timbre sublime, que nos eslabona con la gran cadena misteriosa de las generaciones pasadas y venideras de todos nuestros compatriotas? Hé aquí por qué este nombre tiene igual dulzura tanto para los pueblos mas civilizados como para los mas rudos y salvajes, bien sea que vivan en tierras tristes y cubiertas de nieve, ó sometidas á los rayos abrasadores del sol. Todas las memorias, pues, que nos recuerdan la patria, son halagüeñas y tiernas, y nos vemos obligados á repetir las palabras afectuosas y memorables que el célebre vate Metastasio pone en boca de Temístocles, cuando interrogado por Jerjes porque ama aun entrañablemente á su patria que lo persigue, exclama: «El amor á la patria es un instinto de la naturaleza, las mismas fieras aman sus cavernas nativas. Señor, todos los recuerdos patrios son queridos: las cenizas de los abuelos, las leyes sagradas, los númenes tutelares, el habla, las costumbres, el sudor que me costó el lustre que en ella adquirí, el aire, los troncos, el terreno, las murallas, y hasta las piedras.»

Sabemos muy bien que el invencible Escipión, desterrado con abierta injusticia de Roma, dijo: «¡Patria ingrata, ni mis huesos tendrás!» Pero este desahogo de dolor no fué un

testimonio de odio contra la tierra de sus padres, ni fué Roma quien le desterró, sino una facción, un partido envidioso de su mérito. Cuando se dice que la patria persigue, que anhela el aniquilamiento y la muerte de un ciudadano ilustre y virtuoso, es un engaño. Todos sus compatriotas deploran su suerte, todos maldicen á los hombres del poder que tan monstruosamente abusan de su fuerza. Pero en los momentos sublimes, en esos momentos en que parece que un compatriota ha llegado á someter y dominar con su grandeza todas las pasiones de sus contrarios, las rivalidades, la envidia, la ira, los rencores, el espíritu de partido, se convierten en admiración y estupor, se convierten en entusiasmo y alegría.

Cuando Pascual Paoli, ese hombre digno de ocupar un puesto muy preferente entre los varones ilustres de Plutarco, se refugió en Londres perseguido y fugitivo por haberse manifestado enemigo de los franceses, que se apoderaron de la Córcega en sus últimas guerras, la Gran Bretaña le pensionó. Paoli no amaba á la familia Bonaparte, que en aquella coyuntura se había declarado parcial de Francia; pero cuando supo que Napoleón era ya emperador, dió un suntuoso banquete. El gobierno inglés se quejó de esta demostración en favor del mas encarnizado de sus enemigos, y dijo que no esperaba de Paoli un acto tan contrario á sus miras políticas. El héroe contestó: «¿Y cómo podía yo refrenar los sentimientos patrióticos, que hierven en mi alma, viendo emperador á un hijo de Córcega, á mi hijo?».... Respetable anciano, la fama ha grabado sobre tu sepulcro estas palabras memorables. Napoleón murió en Santa Elena, y tus palabras vivirán eternamente.

Cuando el infame Ali, bajá de Janina, se apoderó de Parga, los griegos antes de abandonar aquella patria querida, desenterraron los huesos de los parientes, los reunieron sobre una pira, y se quedaron hasta verlos consumir, para que las falanges feroces de Ali, y aquel monstruo de crueldad, no los insultaran con su presencia: y las vírgenes y las esposas se cortaron sus largas cabelleras, y las arrojaron á las llamas para que las sombras de los parientes tuviesen el triste consuelo de admirar tanta piedad. ¡Acto generoso, y testimonio memorable de amor patrio! expresado tal como acabamos de apuntarlo por el vate italiano Berchet, en estos versos que vamos á consignar vertidos al español:

De esas tumbas abiertas  
Entre sepulcros medio arruinados  
A que el campo sagrado abre sus puertas  
Los santos restos fueron arrancados.  
La turba asalta con furor insano  
El sagrado recinto: en torno gira,  
Y el enojo arrojando del tirano  
Pone de repente sobre la pira  
Los huesos del pariente y del hermano  
La virgen y la esposa desolada,  
Mesando sus cabellos.  
Apoderarse de ellos  
Intentan, mas en vano,  
Que el fuego serpentea en raudos giros,  
Y la llama devora en un momento  
Las reliquias sagradas  
Que en cenizas revelan, por el viento  
Revueltas y mezcladas  
Con sollozos, lamentos y suspiros.

Pero no satisfechas las esposas ni las hijas de los prófugos de Parga con prodigar tantos testimonios de afecto y ternura á las frias cenizas de los parientes, bañaron también, anegadas en lágrimas, á los recién nacidos en las públicas fuentes, para que aquellas criaturas, llegando á ser mayores, dijeran á los venideros: «Nuestras madres queri-

das, nuestras amadas hermanas, antes de profanar el impío Ali el suelo patrio, nos bañaron por última vez en las aguas todavía puras de sus fuentes.» Este rasgo de patética ternura enlaza tan estrechamente el amor á la tierra nativa con el de los parientes, que nos trae á la memoria un hecho, que merece bajo todos conceptos ser reproducido en estas columnas.

Miguel Montaigne, muy célebre por sus «Ensayos,» llevaba todos los años durante el invierno una capa muy usada, en términos que parecía la de un pobre: uno de sus amigos, le dijo un día: «Montaigne, ¿cuándo te veré con una capa nueva?—Jamás: esta fué la de mi padre, y cuando me embozo en ella creo que voy envuelto en el autor de mis días.» Así los prófugos de Parga, secando con sus pañales á los recién nacidos, después de haberlos bañado, creyeron llevarse los restos de las fuentes puras de su patria, cuyas aguas el bárbaro Ali convirtió en sangre.

Cuando el rey de Cerdeña, Carlos Manuel III, valeroso capitán y amante de las letras, ocupó el antiguo ducado de Módena, quiso conocer personalmente al inmortal Muratori: le colmó de elogios por su laboriosidad, por lo vasto de sus conocimientos, por el mucho aprecio en que los doctos de todos los países tenían sus obras, y habiendo leído ya la parte de los «Anales de Italia,» que Muratori acababa de publicar, le dijo: «Señor preboste, ¿cómo me tratará usted cuando llegue á nuestra época?—Como V. M. trató á Módena, mi patria.» Contestación digna de uno de los ilustres varones de Esparta ó Roma, no solo porque revela el amor de nuestro insigne sábio á la tierra que le vió nacer, sino también porque sus palabras eran la mas clara prueba de que prefería la felicidad de su patria á la protección de un monarca, que no ignoraba que la pluma de los sábios únicamente puede immortalizar á los príncipes, como lo repetía con frecuencia á sus cortesanos Francisco de La Rovere, último duque de Urbino.

Los habitantes de la antigua Creta, hoy Candia, sustituyeron al nombre de PATRIA el de MATRIA, para dar á entender que este nombre despierta una delicadeza de afectos tan suaves, que merecen ser comparados á los que una madre tierna y amorosa tiene derecho á exigir con preferencia de las prendas queridas que ha llevado en su seno: y en esta circunstancia juzgamos muy del caso, referir un hecho muy notable, que hermana el amor maternal con el de patria.

Un jóven, cuyo nombre no está consignado en un libro que hemos tenido á la vista, entró en el templo de una ciudad de Dalmacia, su patria, y mirando distraído una inscripción grabada en una columna de mármol, leyó las palabras siguientes:

AQUI YACEN LOS RESTOS MORTALES  
DE UN NIÑO DE SIETE AÑOS  
QUE FUE EL OBJETO DE TODOS LOS CUIDADOS  
DE SUS PADRES.  
EN ESTE FRUTO DE SUS LEGITIMOS Y SANTOS AMORES  
HABIAN DEPOSITADO TODAS SUS ESPERANZAS,  
Y LA ALEGRIA DE SU VEJEZ;  
PERO DIOS LES PRIVÓ DE TANTO CONSUMLO,  
Y A ESTOS PADRES INFELICES  
LES HA QUEDADO UNICAMENTE  
LA MEMORIA DE SU PERDIDA IRREPARABLE,  
ACOMPAÑADA, SIN EMBARGO,  
DE LA SATISFACCION DE HABERLE AMADO  
CON TERNURA.

Apenas acabó de leer estas últimas palabras prorumpió en amargas lágrimas, diciendo entre gemidos y sollozos: «¿Cómo he podido yo faltar al respeto á mi madre? ¿cómo he podido excederme hasta el extremo de amenazarla que la pegaría por sus justas reprensiones á mis juveniles extravíos? ¿Y Dios me perdonará? He faltado á mi madre, que despues de haber cuidado de mí en la infancia, sigue amándome entrañablemente, y se priva hasta de lo necesario hoy que es anciana, para facilitarme una carrera. No me queda mas que postrarme á sus pies para que Dios me perdone, y para manifestarla mi arrepentimiento, ¿quién tiene mas derecho que una madre al amor de sus hijos? ¿Hay deber mas sagrado en este mundo que el de amarla, y sacrificarlo todo por ella? He sido un malvado; y el que conozca mis faltas ¿no dirá acaso, que Dalmacia produce mónstruos, y que es patria de fieras? Sí, he sido un malvado, pero juro que no lo seré mas.»—Estas palabras con que un jóven arrepentido de sus desmanes pone término á la confesion de sus culpas, son un claro testimonio de que el amor á la patria es el verdadero reflejo del que todos los hombres abrigan en su pecho hácia sus madres queridas, y nos dan á conocer al propio tiempo, que los cretenses sustituyeron el nombre de *MATRIA* al de *PATRIA* por exceso de ternura y delicadeza de afectos.

Silvio Pellico dice en *MIS PRISIONES*: «No odio á ninguna nacion, ni á los tudescos; pero Dios sabe lo mucho que quiero á la Italia, y aun mas quiero al Piamonte, y muchísimo á Saluzo, mi cuna.»

Los mas ilustres monarcas han manifestado siempre una preferencia muy decidida en abono de los patriotas, y en prueba de ello vamos á referir una anecdota, que está consignada en la vida de Federico de Prusia. Algunos oficiales de uno de sus regimientos dijeron á este rey, que hermanaba el valor militar con la filosofia y las letras, como el inmortal Julio César, que un lugarteniente de sus granaderos llevaba una larga cadena, que parecia la de un rico reloj, y que no tenia mas que una bala de escopeta enganchada, Federico lo escuchó todo atentamente sin contestar; pero pasando revista á sus tropas en un día de formacion se paró ante el lugarteniente á quien aludimos, personalmente conocido por Federico, y le dijo con gran disimulo: «¿He olvidado mi reloj ¿qué hora tiene el tuyo?—El oficial tiró con mucha seriedad de la cadena, y apareció la bala. —¿Qué es eso, repitió el monarca?—Majestad, la llevo siempre encima para que me acuerde á cada instante, que debo mi vida á la patria y á mi rey cuando me la exijan.» Federico le miró con aire de complacencia y satisfaccion, y sacando un precioso reloj, que llevaba bajo de su uniforme, dijo: «Tómalo: este te sirve para no equivocarte la hora precisa en que has de cumplir ese gran deber.»

Odiemos, pues, á los hombres de corazon corrompido, que con falaz filantropía y sofismas engañosos dicen que la patria es un nombre vano, y que la patria del filósofo es el mundo entero.

Los que tan tristemente razonan, no han parado mientes en que todos los sentimientos, estampados por la naturaleza con caracteres indelebles en nuestro corazon, tienen matices misteriosos, que ejercen un influjo poderoso en el cuerpo social, y hasta en el último rincón de los hogares domésticos. El que dice: *MI PATRIA ES EL MUNDO ENTERO*, ha renunciado ya tácitamente á la gratitud, que debe á su propio país, que ha establecido leyes en abono de su felicidad y bienestar; á la gratitud, que debe á sus conciudadanos por los beneficios, que le han prodigado; al amor de

sus padres, que le han cubierto de caricias y besos en su cuna; á los lazos fraternales que han alegrado el abril de sus años.

Que cedan todas las pasiones encontradas, todos los rencores personales, todo espíritu de partido, que cedan y se inclinen ante el altar de la patria; que todos los hijos de esta madre comun corran á su auxilio y amparo si la ven espuesta á graves riesgos, si la ven amenazada muy de cerca, que los españoles de hoy conserven siempre vigorosa y fuerte la memoria de la abnegacion heroica y del obstinado valor de sus padres contra los agarenos, y en nuestro siglo contra los que intentaron aniquilar la independencia de la península ibera.

¿Qué calificación pueden merecer los que renuncian al amor de su patria?—Les llamaremos ingratos, desleales, fementidos?—No, estos nombres, aunque terribles, no tienen bastante energia, ni revelan toda la fealdad del crimen de esos hombres pervertidos y viles apóstatas. Les llamaremos, pues, réprobos ante el trono del Altísimo y ante el tribunal severo de la humanidad, porque este es el nombre, segun nos dice el Evangelio, que dará el Redentor del mundo en el día del juicio final á los que han contravenido á sus leyes y merecen la condenacion eterna.

SALVADOR COSTANZO.

## LA AMÉRICA TAL CUAL ES.

VIAJE ANECDÓTICO DEL PINTOR MARCELO BONNEAU.

No hay placer como viajar, y despues de éste no le hay mayor, segun dicen, que el de escribir sus impresiones de viaje.

A menos que no sea mas grande aun el placer de permanecer tranquilamente en su casa al calor de la chimenea en el invierno, y al fresco en el verano, leyendo la relacion de los terribles peligros que los viajeros han pasado ó no han pasado, y las curiosidades que de todo género han observado ó no observado. Materia es esta de gustos, y la sabiduría de las naciones nos enseña que sobre gustos no hay que disputar, así como tampoco sobre colores.

Ello es, que circunstancias bastante curiosas para que pueda pasarlas en silencio, me han llevado á visitar un poco en todos sentidos los Estados Unidos de la América, y me ha parecido agradable consignar, dejando correr la pluma, lo confieso, y á la ventura del recuerdo, las relaciones de mi viaje trasatlántico.

Data este viaje desde el mes de julio de 1859, y el motivo que le determinó fué el siguiente:

Yo me llamo Marcelo Bonneau; estoy frizando en los treinta años, y mi profesion, como dicen, es la de artista pintor. No es ciertamente deshonrosa esta profesion, empero, sobre todo, no es siempre muy lucrativa, y mas desde que el sol chafarrinea con carbon á vil precio retratos, á fé mia, muy parecidos. Hacer un retrato por un verdadero pintor de carne y hueso, es un buen negocio, que cada vez es mas raro para todo artista de un talento modesto, tal como yo.

Así es que quedé agradablemente sorprendido, cuando

una mañana recibí una carta del secretario de sir James Clinton, antiguo coronel de la Guardia Real, y poseedor de una inmensa fortuna. Invitábame el secretario de Clinton á que fuese sin tardanza al palacio de aquel millonario y nobilísimo personaje, porque era descendiente de una antigua familia de barones, para hacerle su retrato.

Ponerme mi frac reservado para las grandes ocasiones, é irme desde la plaza de Breda, en donde estaba situado mi estudio, al barrio de San Honorato, donde vivía el coronel Clinton, fué negocio de algunos minutos.

Aquel personaje, á quien me presentaron inmediatamente, tenía entonces unos cincuenta y dos años de edad. De una estatura mas que mediana, llevaba en su pálido y demacrado rostro, de facciones finas y regulares, el sello de esa tristeza peculiar á la raza anglo-sajona. Tristeza esencialmente enfermiza, extraordinaria, que fatalmente conduce al suicidio, y que se llama «spleen.»

Echó sobre mí una mirada indiferente, y me dijo en muy buen francés, pero con un acento muy sensible:

—¿Es vd. Mr. Marcelo Bonneau?

—Sí, mi coronel, respondí.

—¿Es vd. el que ha pintado y puesto en la última exposición un cuadro de la salida de las máscaras de la Courtille?

—Yo soy, mi coronel.

—Me gusta su manera de pintar de vd., y deseo que me haga mi retrato de cuerpo entero. ¿Cuánto tiempo necesitará vd. para concluir este trabajo?

—Eso dependerá, mi coronel, del tiempo que vd. me consagre.

—Serviré á vd. de modelo todos los días, y todo el tiempo que guste.

—En ese caso espero concluirlo en dos meses.

—Dos meses! Es mucho. Eso desarreglaría mis planes. ¿No podrá vd. concluirlo en un mes?

—Ante todo, mi coronel, yo quisiera que mi trabajo fuese digno del honor que vd. me hace eligiéndome por su pintor, y para eso no me convienen prisas. En fin, puesto que vd. no quiere concederme mas que un mes, haré lo posible por complacerle en ese tiempo.

—Todos los días, añadió el coronel, salgo dos horas de casa, de tres á cinco, para vigilar un edificio que estoy construyendo. Dedicaré á vd. todo lo demás. Disponga usted todo lo necesario, para que comencemos desde mañana.

A la mañana siguiente, en efecto, sir James Clinton tenía conmigo la primera sesión.

Durante esta primera sesión el noble modelo no me dijo una palabra, y estuvo inmóvil, con una conciencia que muy rara vez he encontrado en los modelos ordinarios de á cinco francos por sesión.

A las tres en punto entró un criado á anunciarme que tenía el coche á la puerta.

—Este es el momento, me dijo el coronel, de ir á visitar mi obra. Hasta mañana, señor Marcelo Bonneau. Puede usted, añadió, quedarse aquí todo el tiempo que guste, y continuar trabajado solo si lo juzga necesario.

Hallábame fatigado de aquella larga y muda sesión, y así limpié lo mas pronto que pude mis pinceles, y me retiré.

A la mañana siguiente pasó exactamente lo mismo que la víspera. Sir James Clinton no me dijo ni una palabra. Por deferencia á él, tampoco yo le hablé, y no se interrumpió el silencio sino por la voz del criado que vino á anun-

ciar á su amo que tenía el coche listo para ir á visitar la obra.

Así se pasaron ocho días. Ante aquel hombre, verdadero espectro viviente, sentía yo penetrar el fastidio por todos mis poros, y envidié el régimen un poco estrafalario de los frailes de la Trapa. Al menos, pensaba yo, para mis adentros, aquellos austeros penitentes pronuncian algunas palabras cuando se encuentran: «Hermano, morir tenemos,» decía el uno, á lo que contestaba el otro: «Hermano, ya lo sabemos.» Al menos interrumpían con esto poco el mutismo á que se habían condenado. Pero con sir James no se tenía ni aun ese miserable consuelo, y era preciso morir de fastidio sin tener la satisfacción de decirselo.

Temí que mi pintura se resintiese de esta disposición de mi alma, y viéndolo todo negro, tuve miedo de pintarlo todo gris. Así en interés de la obra que había emprendido, tanto como por mi mismo, resolví romper el silencio, y en el noveno día se entabló entre sir James y yo el siguiente diálogo:

—No tardarán en dar las tres, mi coronel, y es la hora en que vais á visitar vuestra obra. Lo siento, porque me será preciso dejar para mañana la conclusion de un detalle que hubiera querido pintar entero hoy..... al fin comprendo perfectamente que su señoría quiera ir á visitar su obra á las tres en punto.

—Es mi costumbre desde el día en que he hecho comenzar ese edificio.

—Si no temiese ser indiscreto, preguntaría á vd., mi coronel, hacia qué lado se halla situada su obra.

—Al del lado de la barrera de la Roqueta.

—¿Y cuenta vd. habitarlo, mi coronel?

—Sí, contestó; cuento fijarme en él dentro de un mes.

—¿No le parece á vd. que ese cuartel es un poco triste?

—No.

—Yo temía que la inmediación al cementerio.....

—Me gustan los cementerios, dijo sir James Clinton, con un tono de voz que me heló.

Mi fúnebre modelo marchó como de costumbre á visitar su obra, y yo tuve la curiosidad de hacer algunas preguntas sobre este asunto.

—Sabe vd. á punto fijo, le dije al criado que me ayudaba á guardar mis colores y utensilios de pintura despues de la sesión, dónde se halla situado el terreno en que sir James Clinton hace construir su quinta de placer?

—Sí, me respondió el criado; ese terreno está situado en el cementerio del P. Lachaise, y lo que vd. llama una quinta de placer, no es otra cosa que un sepulcro.

A punto de escapárseme de las manos estuvo el pincel. Recordaba las palabras del coronel concernientes á su «propiedad:» «Cuento con fijarme allí dentro de un mes;» un mes era, precisamente, el tiempo justo que me había concedido para hacer su retrato. No me cabía duda de que el desgraciado tenía la intención de matarse, y que, como verdadero inglés, llevaba su escentricidad hasta el extremo de querer hacerse construir un sepulcro á su gusto.

A la mañana siguiente sentí un mal estar delante de aquel hombre que, poseyendo con exceso todo lo que es preciso para ser feliz en este mundo, salud, fortuna, títulos, se había voluntariamente condenado á muerte, y había señalado el día de su ejecución. Presto sucediendo la compasión al terror, concebí la esperanza de penetrar la causa de aquel disgusto de la vida, y separar aquella alma enferma de un proyecto tan criminal.

Por el pronto quise asegurarme de una cosa.



—Mi coronel, le dije, la intencion de vd. es, sin duda, no ir á habitar su nueva propiedad sino cuando esté enteramente concluido el retrato.

—Sí, me respondió; pero vd. sabe que tengo prisa, y cuento que estará listo en el tiempo determinado, segun nuestros pactos.

Desde aquel momento tuve por un deber de conciencia pintar así como Penélope hacia su labor; es decir, que todos los días deshacia, regularmente durante la ausencia del coronel, lo que habia hecho delante de él.

No sé si se apercibió de ello, pero un día me dijo con tono de una viva reconvencion, que no adelantaba mi trabajo, y que ciertamente no se hallaria terminado para la época señalada, y que si no desplegaba mas actividad se veria obligado á hacer, menos bien sin duda, pero mas pronto, por otro, la tarea que me habia encargado.

—Es preciso, añadió, que este cuadro se mande á mi sobrina á Inglaterra el día en que desaloje esta casa para ir á habitar.....

—La propiedad da vd. de la barrera de la Roqueta, ¿no es esto, mi coronel?

—Sí.

—¿En la habitacion que vd. ha hecho construir, y de cuya construccion cuida vd. con tanto interés?

Sir James Clinton hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Pero mi coronel, continué yo, es indispensable que deje vd. esta hermosa casa tan grande, tan bien ventilada, tan confortable para ir á vivir en..... ó mas bien para ir á habitar su pequeña propiedad de la barrera de la Roqueta?

—Pequeña es en efecto la habitacion que me he hecho construir, ¿pero quién os lo ha dicho?

A esta pregunta hecha como una reconvencion á mi curiosidad tartamudeé algunas palabras que probaron á sir James Clinton, que habia penetrado su secreto.

—Veo, me dijo, que será inútil disimular á vd. por mas tiempo mis proyectos. Mi intencion es, en efecto, la de levantar la tapa de los sesos en cuanto mi sepulcro y mi retrato estén concluidos. Habia contado con poder poner en planta mi proyecto en los primeros días del mes próximo, y veo con gran pesar mio, que será preciso dilatar ese momento dos ó tres semanas. No solo no está aun concluido mi retrato, sino que mi arquitecto no ha comprendido los planes que le habia dado para la ereccion de mi sepulcro, y tiene que rehacer todo el lado del ala izquierda. Me veo, pues, obligado para suicidarme á esperar á que mi arquitecto haya remediado su torpeza. Es un gran mal el meterse en obras.

En el tono con que me habló sir James Clinton, en el carácter de su fisonomía, comprendí que sería inútil toda tentativa para separarle con razones de su fatal resolucion, así que tomé el partido heroico para obrar una reaccion saludable, fingir una completa indiferencia. Este medio no era infalible, empero en el estado moral en que se hallaba el coronel, era tal vez el que mas ventajas ofrecia. Y continuando pintando le dije:

—Comprendo la contrariedad de vd., mi coronel, es una fatiga el meterse en obras, y sin embargo, proseguí con una aparente sencillez, no se puede comprar un sepulcro ya hecho, sobre todo cuando uno quiere espresamente ser enterrado con ciertas condiciones de comodidad y de agrado. Yo hoy que conozco el legitimo motivo de la impaciencia de vd. le prometo redoblar mi actividad, á fin de terminar

mi trabajo para cuando su arquitecto de vd. haya concluido su obra.

Desde este momento sir James Clinton se mostró mas comunicativo conmigo. Hablábamos todos los días de su próximo suicidio, como de la cosa mas sencilla y natural del mundo, y me hizo ver el pistolin de que debia servirse para hacerse saltar el cráneo.

—Este pistolin, me dijo, es una invencion nueva, muy notable.

—¿Va vd. á estrenarlo primero, mi coronel?

—No, precisamente porque conozco sus ventajas, lo he preferido á cualquier otro. La bala, al tocar el objeto que debe de herir, se divide en cuatro partes, teniendo cada una una fuerza de proyeccion diferente. De esta manera es casi imposible que no sea mortal la herida. Uno de los cuartos de la bala, al menos, toca siempre á uno de los órganos esenciales de la vida á poco que se dirija la pistola al pecho ó á la cabeza.

—Mi coronel, reconociendo las ventajas de esa pistola, sobre todas las demás, si yo que no soy mas que un pobre artista, doblemente modesto por el talento y la fortuna, tuviese la intencion bien decidida como vd. de levantarme la tapa de los sesos, tendria gusto en emplear un medio mas original, mas noble tam'ien, y sobre todo mas seguro.

—Pica vd. mi curiosidad, señor Bonneau, dijo sir James Clinton, ¿cuál es ese medio?

—Ese medio aqui le tiene vd. Marcharia á América y me precipitaria en las cataratas del Niágara, en donde mi carne y mis huesos quedarian en un instante pulverizados y dispersados en átomos en el espumoso abismo que zumba como un prolongado trueno.

Pareció reflexionar sir James Clinton en lo que acababa de decirle y una ligera contraccion se mostró sobre sus labios.

—Se ha reido vd., mi coronel, le dije.

—¿Lo cree vd.?

—Y tanto como lo creo.

—Es posible: pero si me he sonreido no he podido menos de hacerlo á la vez que me ofrece vd. precipitarme en el Niágara como un excelente medio de «saltarme la tapa de los sesos.»

—¿He dicho yo eso, mi coronel?

—Seguramente lo ha dicho vd.

—Es muy posible. Es que siempre me parece el Niágara el medio de suicidio mas propio para satisfacer las mas difíciles exigencias.

Despues hubo un nuevo silencio.

—Tal vez tenga vd. razon, me dijo sir James Clinton, pero el Niágara está muy lejos de París: se necesitarian tres semanas para ir allí y serian tres semanas perdidas.

—Tres semanas pronto se pasan, sobre todo en viaje donde tantos objetos nuevos vienen á distraer los ojos y el alma. Pero tal vez echará vd. de menos..... su construccion del P. Lachaise.

—No, respondió mi noble modelo, no la echaria de menos por el Niágara si el Niágara estuviese mas cerca de aquí. Hoy sobre, todo que es preciso volver á construir uno de los flados de mi mausoleo: ¡pero el Niágara está tan lejos!

—Es un hecho, dije yo, que nada disgusta como un sepulcro que hay que volver á empezar á construir. Verdad es que está lejos el Niágara, pero tambien ¡qué muerte tan fulminante y original! En fin, mi coronel, no trato de influir en la resolucion de vd., pero en su lugar no tubearia.

—Yo titubeo, dijo sir James Clinton, porque el tiempo perdido que se pasa en vivir no se recupera jamás. Sin embargo, lo reflexionaré. En todo caso, señor Bonneau doy á vd. las gracias por sus consejos, que demuestran el interés que usted se toma por mí.

A los días siguientes encontré á sir James Clinton poco dispuesto á hablar. Cada vez mas influido por su negro humor apenas respondia por monosílabos á las preguntas que le hacia.

Reflexionaba sobre el modo de suicidio que debia definitivamente adoptar.

Tomó su resolucion el sábado 9 de julio de 1859 á las tres de la tarde. Como de costumbre entró uno de los criados á aquella hora á anunciar que estaba listo el coche.

—No iré, dijo sir James Clinton, á visitar mi obra.

Despues, volviéndose hácia mi, añadió:

—Señor Marcelo Bonneau, despues de muy madura deliberacion conmigo mismo, he resuelto seguir su consejo de vd. y partiré con el primer steamer para ir á los saltos del Niágara. Propongo á vd. el hacer conmigo este viaje; vd. continuará en América mi retrato, y si consiente en ello, le encargaré algunas instrucciones para mi sobrina, que tendrá



—Este pistolin, dijo, es una invencion nueva, muy notable.

la bondad de ir á ver en Londres, cuando yo haya cesado de existir.

Al oír esta brusca proposicion, no supe al pronto que responder. Hubiera querido, por consideracion á aquel pobre enfermo, seguirle é intentar hasta lo último, separarle de su fatal proyecto; pero tenia en París relaciones que conservar, algunos cuadros comenzados que queria terminar prontamente, y este viaje á América destruia mis proyectos. Naturalmente vacilé. Sir James comprendió los motivos de mi indecision, y como su generosidad igualaba á su fortuna,

—Sé, me dijo, que deberé á vd. una compensacion por la pérdida de su tiempo y los disgustos del viaje. ¿Quiere vd. decirme si juzga que cincuenta mil francos son bastante para pagar mi retrato é indemnizarle, por la pérdida de su tiempo?

La suma no era despreciable, no tuve necesidad de hacer cálculo ni pensarlo mucho para convencerme de que haria un buen negocio abandonando mis cuadros, que además, no me seria difícil acabar, y seguir á sir James Clinton. Además, sin querer aparecer mejor de lo que soy, diré que la profunda compasion que me inspiraba aquel desgraciado in-



glés y la vaga esperanza que había concebido de sustraerle á la muerte, ó al menos, retardar el momento fatal, me determinaron tanto como el interés pecuniario á aceptar su oferta.

—Coronel, le dije, vd. me habla de oro, y yo acepto el honor que vd. me dispensa de agregarme á su persona para el viaje..... ¿cómo diré yo?

—Diga vd. de placer, señor Marcelo Bonneau; pues que debe conducirme á una muerte cierta. Pero, por favor, no perdamos un tiempo precioso, y marchemos lo antes posible. Voy á dar las órdenes convenientes para que todo

esté dispuesto y salgamos mañana mismo de París. Mi intención es no llamar la atención de nadie sobre mi individuo, y viajar sin comitiva alguna: marcharemos los dos solos. Me fio á los buenos cuidados de vd., señor Marcelo Bonneau, para viajar lo mas cómodamente, y sobre todo lo mas rápidamente posible. Cada cual de nosotros dos tiene una mision que cumplir; yo acabo de decir la de usted; la mia, que no es la menos penosa, será la de vivir hasta el momento que lleguemos á las preciosas caídas del Niágara.

Veinte y cuatro horas despues, subiamos á un wagon



Escenas sobre el puente de El Persia, en un día de mar tranquilo.

para que nos condujera al Havre, y tratar de buscar allí los medios de transporte para América. Tal es la historia fiel de mi marcha al NuevoMundo.

¿No tenía yo al principio razon para llamar curiosas las circunstancias de mi viaje, y nuestros lectores no se alegran de que se las hayamos contado?

## CAPITULO II.

### LA VIDA Á BORDO.—MARAVILLOSO EFECTO DEL MAREO.

La eleccion de un vapor para trasportarse á través del Atlántico, es cosa importante cuando no se va á América,

SEGUNDA SERIE.—1865.

como mi noble compañero de viaje, con la marcada intención de dejar allí sus huesos. Así es que, desde mi llegada al Havre, mi primer cuidado fué el tomar numerosas y útiles noticias sobre las varias líneas de vapores que hacen la travesía á la América del Norte. Entre los muchos vapores que tienen la singularidad de llevar nombre que se termine por la primera letra del alfabeto, como «Europa, Asia, Africa, Persia, Canadá» etc., el mas hermoso, y el que nosotros elegimos, fué el «Persia.» Construido exactamente para pasajeros y viajes rápidos, es todo de hierro. Su forma era relativamente estrecha, y su proa, aguda y perpendicular, hiende el agua como una navaja de afeitar. Los camarotes de primera clase encierran dos camas;

AÑO XXIII. 3.